

CAPITULO II.

SERMON DE JESUCRISTO EN EL MONTE, Y DE LAS OCHO BIEN-
AVENTURANZAS.

Instruyó el Señor completamente á sus discípulos en cuanto convenia que supiesen para representar dignamente el papel de enviados suyos, y luego les habló un lenguaje al parecer mas consolador para que se calmasen en todo las pequeñas zozobras en que su corazón fluctuaba. San Agustín asegura [1], que fué este razonamiento de Jesús un sermón tan completo y tan sembrado de sublimes documentos, que es el compendio mas perfecto de todos los preceptos de la vida cristiana, y de cuanto necesita el hombre para reformar sus costumbres y arreglarlas enteramente á la moral sublime del Evangelio.

San Mateo y san Lucas refieren este suceso [2], pero de distinta manera, aunque convienen en la verdad del hecho. San Mateo dice: Que el Señor predicó primero este sermón á sus apóstoles y discípulos estando solos y sentado á manera de doctor sobre la cima del monte; y san Lucas observa que lo predicó á los discípulos y á las turbas, no en la cima sino á un lado del monte; y no sentado, si-

[1] Div. Augustin. lib. I. De serm. Dom. in monte.

[2] Mat. cap. V, Luc. cap. VI.

no de pié, á manera de predicador: y varios expositores aseguran que primero habló el Salvador á los apóstoles y discípulos que se hallaban solos con él en la cima del monte, y que luego descendió con ellos desde la eminencia á una llanura que se hallaba á un costado del mismo, donde le esperaban todas las turbas, y que allí habló entonces á todos. Sea empero de esto lo que fuere, es innegable que Jesucristo habló á los apóstoles y á las turbas que les hizo un gran sermón, y que en el principio les propuso ocho bienaventuranzas ó virtudes, y que les propuso tambien un premio proporcionado á cada una de ellas: el mérito consiste en la virtud, y así es preciso obtenga primero el mérito el que desea conseguir el premio. Ninguno hay, continúa el mismo doctor [1], que no quiera ser bienaventurado; pero adviértase bien que el que desea la paga no debe regusar el trabajo con el que aquella se gana. Inflámesse el ánimo y corra gozoso al certamen con la esperanza cierta de conseguir el premio. Con este designio quiso dar el Salvador á sus apóstoles una puntualidad del sagrado ministerio á que los habia llamado, y enseñarles las máximas morales en que convenia que en adelante se fundasen sus afectos y sentimientos, se arreglase su porte y conducta.

Jesús habia pasado la noche solo y en oración en lo mas elevado de la montaña, y allí llamó á sus discípulos por la mañana. Después de haber elegido sus apóstoles se marchó con ellos á una ladera espaciosa de la misma, donde estaba mas alto que el pueblo que le escuchaba [2], el cual habia venido de toda la Judea y Jerusalem, de la Marina y de Tiro y Sidon, para oírle y curarse de sus enfermedades, y los que eran atormentados de los espíritus inmundos sanaban. Y la multitud procuraba acercarse á él y tocarle, porque salía de él una virtud y los curaba á todos. No queriendo su Majestad contristar á ninguno, deseoso de sanar sus almas antes que sus cuerpos, les dió las reglas de perfección que no miran solamente á los varones apostólicos, sino que contienen tambien la doctrina necesaria para todos los que hacen profesion de seguir el cristianismo; y sin preámbulo alguno puso á la vista de todos un retrato de la

[1] Div. August. lib. de Beata vita.

[2] Así concuerdan perfectamente san Mateo y san Lucas.

verdadera felicidad, que no podía menos de sorprenderles sobremañera y admirarles, viendo en tan pocas palabras compendiadas las principales verdades y las máximas mas sublimes é importantes del Evangelio, y les dijo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de Dios.* No desconoció el Salvador que hablaba á un pueblo dominado por los escribas y fariseos, cuyo espíritu era orgulloso y vano; que amaba mucho el fausto y aparato exterior, y que en su imaginacion se creian ricos en obras y en merecimientos, y estaban por ello orgullosos y arrogantes; y por esto les persuadió en primer lugar la pobreza, ofreciéndoles en premio de ella un reino celestial y eterno, el reino de Dios.

Bienaventurados los pobres, pero no cualesquiera pobres. No aquellos que siéndolo de bienes de fortuna miran con envidia feroz la riqueza de los ricos y codician en su corazon quanto ellos poseen. No aquellos que miran la pobreza como un azote ó una desgracia insuportable, y acucan por ello á Dios de injusto. No aquellos que la tienen como la carga mas aflictiva y pesada, la arrojan de sí con despecho, y la detestan y blasfeman, *sino los pobres de espíritu;* esto es, aquellos que lo son de voluntad y corazon. Aquellos que siendo pobres no anhelan por las riquezas ni las conveniencias de la vida, en perjuicio de su alma; porque conocen, como lo conocieron tambien hasta los mismos gentiles, que en esta pobreza consiste la verdadera felicidad de la vida temporal; porque en verdad, nadie es feliz en este mundo, ni goza de dicha, ni de paz interior en su corazon, sino el verdadero pobre de espíritu, el que está contento con su suerte, el que nada ambiciona ni apetece. ¿Porque de qué le sirven al hombre grandes bienes, riquezas inmensas, largas posesiones, hermosas heredades y millones de tesoros en su gaveta, si cada dia, cada instante y momento, es agitado y conmovido su espíritu con seiscientos mil olas de ambicion, de avaricia de insaciables despos de tener y poseer mas, y de enriquecer sin medida? Al contrario, empero, el pobre de espíritu, sumido en la miseria nada apetece, y lleno de riquezas vive tan separado de ellas como si nada poseyera; la desgracia no le irrita, y la opulencia no le ensolberbece; nada ambiciona ni desea, solo Dios es su gozo, Dios solo su única ansia y el único deseo de su corazon. Por esto ense-

ñaba san Gerónimo [1], que el camino mas seguro para alcanzar la verdadera felicidad era la pobreza de espíritu; y el que poseia esta virtud gozaba de mayor y mas envidiable paz en medio de las penalidades y tribuaciones de la vida, que el rico circuido de todos los recursos que sus riquezas podian proporcionarle [2].

Bienaventurados los pobres de espíritu. Esto es, aquellos que ricos de bienes temporales por disposicion del cielo, como lo era Abraham, obedecen con tanta prontitud las órdenes de Dios, como las obtemperó aquel esclarecido patriarca. Rico en su pais y lleno de honra, quiere Dios probar su fidelidad, y le manda dejar todo lo que allí posee, obligándole á marchar á una tierra extraña. *Nuevo género de probacion* ó de probar los hombres, dice san Agustín [3]: se le manda ir á una tierra que podia considerarse como un destierro, y se le condena á emprender un largo camino, sin permitirle antes explorar el terreno. Compélese al hombre rico á que se haga de repente pobre, sin otra recompensa que la de darle duplicados bienes en el pais á donde se le destina. Al hombre que goza de reposo y paz bajo la tienda que habita, se le manda levantar el campo y caminar por ásperos senderos, sin que determinadamente se le señale el lugar donde ha de fijar su residencia: tan solo se le dice, sal de tu tierra, deja tu parentela y ven al pais que yo te mostraré. Déjalo todo, confia en Dios, El solo debe ser tu esperanza. ¿Y quién hubiera podido obedecer un tal mandato á no haber tenido viva fé, firme esperanza colocada en Dios, y un corazon enteramente desprendido de todas las cosas de la tierra? Este es uno de los primeros ejemplos de esta sabia verdad, que después en la ley escrita, y últimamente en la de gracia, ha tenido tan grandes y dignos imitadores. Fué Abraham el padre de los creyentes, y tambien el modelo ejemplarísimo de los pobres de espíritu: antes del Evangelio odedeció el precepto y el consejo del Evangelio, y esto aun sin tener ningun ejemplo que imitar.

Jacob, nieto de Abraham, perseguido por el furor de su hermano, sale huyendo de la casa paterna, dejando todas sus comodidades y

[1] Div. Hieronim. Epif. 34 ad Julianum.

[2] Idem lib. 8.º, contra Jovinianum.

[3] Div. August. serm. 68 de temp.

regalos, pobre y mendigo, sin llevar mas que su báculo, pero riquísimo, porque confia en la providencia de Dios. José, hijo de este y biznieto de Abraham, conserva el espíritu de pobreza elevado por faraón á la primera dignidad en la tierra de Egipto. Daniel en la corte de Nabuco; Mardoqueo y Esther en la de Asuero; Elías, Eliseo, Jeremías, David, los dos Tobías, todos estos miraron á su padre Abraham, oyeron la voz del Señor, y manifestaron el desprecio que les merecían todas las riquezas de la tierra, por no perder la gracia y amistad de Dios, que es la única y verdadera riqueza del alma. No es extraño, pues, que después que en la ley de gracia sonó la voz del Salvador y dijo al joven que san Mateo refiere [1]: *Si quieres ser perfecto, marcha, vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, y sigueme.* Y después que dijo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*, se gloriasen al parecer los apóstoles de haber renunciado por su Maestro cuanto sobre la tierra poseían, y le dijese: *Ved ahí, oh Maestro, que nosotros hemos abandonado cuanto poseíamos para seguirte; ¿quién será de nosotros?* Y que el Señor para premiar su fe y la voluntaria pobreza á que se condenaron, les respondiese: *En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en el día de la regeneracion venidera, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su Majestad y grandeza, tambien os sentareis vosotros sobre doce sillars, para juzgar á las doce tribus de Israel* [2]. Esto es, vosotros que me habeis seguido pobre, y que sin reparar en mi pobreza os hicisteis pobres por obedecer mi llamamiento, renunciando cuanto teniais, sin aspirar en esto á la recompensa de algun premio; vosotros sereis ricos conmigo; y cuando yo aparezca el mas rico del universo, tambien vosotros aparecereis ricos á la vista de los hombres, sentados sobre magníficos tronos, para ser jueces, juntamente conmigo, en el día de mi juicio y justicia.

San Bernardo, empero [3], hace sobre este lugar una reflexion muy prudente y digna de observarse. Al ofrecer, dice, Jesús, el pre-

[1] Math. cap. 19.

[2] Idem Ibid.

[3] Div. Bern. in cap. 5 Math.

mio de esta bienaventuranza, no habla como en las demás de un premio futuro, sino de uno presente; y así no dice, *de ellos será el reino de los cielos*, sino *de ellos es*. Y en efecto, porque aunque de hecho no le poseais, ya es sin embargo vuestro, porque lo habeis comprado para vosotros con el desprecio de todas las cosas terrenas, así como es ya una piedra preciosa de aquel que la compró con una gran suma de oro, aunque persevere algun tiempo después en poder de aquel que la vendió, así es tambien ya el reino de los cielos de aquel que lo compró con la pobreza voluntaria de su espíritu, porque para comprarlo ya dió de contado todo cuanto tenia; porque darlo todo es no reservar algo para sí; y aunque sea poco lo que se tiene, da mucho el que nada para sí reserva; y da muchísimo mas el que renuncia el apetito, y hasta el deseo de poseer, que es en lo que consiste la verdadera pobreza de espíritu; por esto los pobres de espíritu son del reino de Dios, y de ellos es su reino.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Después de la pobreza sigue la mansedumbre, porque aunque esta bellissima virtud es á todos los hombres necesaria, parece serlo mas particularmente á los pobres, que en razon de su pobreza, son muchas veces insultados y despreciados de los demás. La mansedumbre puede considerarse de dos maneras, que algunos autores distinguen con los nombres de *mansedumbre* y *mansuetud*: y así manso se llama á aquel que á nadie ofende, y mansueto el que tolera con paciencia las injurias, aun siendo injustamente ofendido. El manso nunca siente en su ánimo afecciones interiores que turben la paz de su corazon; y siempre persevera en aquella bonanza que cada vez mas la afirma y asegura. El mansueto modera con valentia los ímpetus de las pasiones ofensivas, y á nadie vuelve jamás mal por el que á él se le hizo. La mansedumbre se manifiesta en el *afecto*, la mansedumbre en el *efecto*. Esta clase de hombres mansos y mansuetos, modestos, humildes, pacíficos, sencillos en la fe, siempre sufridos, que ninguna amargura sienten en su alma, que jamás se irritan, que siempre ceden en las contiendas, enemigos de pleitos, nada querellosos, que sirven á Dios con simplicidad santa en medio de las divisiones públicas, y en medio de la escasez ó mediania que el Señor les hubiese dado; estos son los que poseen, y

poseerán verdaderamente la tierra, la de su cuerpo que dominan mientras viven en esta vida transitoria, caduca y percedera, y la del Paraíso que buscan, que es la permanente y eterna: gozarán de paz en la tierra de los que han de morir, y gozarán de Dios en la tierra de los vivos; y como se poseerán y dominarán á sí mismos en la tierra de los murientes, así también poseerán y gozarán de la heredad de su Padre celestial en la de los vivientes; por lo que decia san Agustín [1]: Entonces sin duda alguna poseerás la tierra, cuando te unas por la mansedumbre á aquel que hizo el cielo y la tierra. La verdadera mansedumbre á aquel que hizo el cielo y la tierra. La verdadera mansedumbre consiste en no resistir á Dios, y en hacer el bien solo por agradarle á él, no por agradarnos á nosotros mismos, y en no obrar el mal porque á él le desagrada, y no porque nos desagrada á nosotros. Entiende, pues, oh hombre, que entonces darás gusto á Dios cuando á tí mismo te disgustes. Deja que riñan los demás y se peleen por las cosas temporales. Bienaventurados los mansos, porque ellos, que nada ambicionaron en el mundo, que por nada de la tierra se afanaron ni riñeron, ellos solos son los que poseerán la tierra [2]. Y si el reino de los cielos se promete á los pobres y la tierra á los mansos, ¿qué es lo que queda para los orgullosos y soberbios? El infierno solo, solo el infierno [3].

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bien se conoce que la sabiduría increada era la que ordenaba este sermón. Después del desprecio del mundo por la pobreza; después del sosiego del entendimiento y del corazón, fruto de la mansedumbre, entra el hombre dentro de sí mismo, y nada halla que no sea motivo de amarguras y llanto, y por esto empieza á llorar: y es cierto que llorar se debe, no tanto por la ocasion de los daños temporales, cuanto para evitar los tormentos eternos. Así en verdad, son bienaventurados los que lloran, porque consolándolos Dios, enjuga todas las lágrimas de sus ojos; por lo que dijo san Bernardo [4]: ¡Feliz lágrima que mereció ser enjugada por la mano de nuestro piadosísimo y misericordiosísimo Señor! Las lágrimas, perdon

[1] Div. Agust. serm. in Festo Omn. Sanctos.

[2] Idem. Lib. I, de verb. Dom. cap. 3.

[3] Ven. Bed. in cap. 6 Luc.

[4] Div. Bern. serm. 32 in Cant.

no piden, y sin embargo, lo merecen; las lágrimas no dicen la causa que las motiva, y con todo consiguen la misericordia. Las palabras no pueden en muchas ocasiones expresar todos los asuntos, y las lágrimas patentizan todos los afectos. Los que lloran serán consolados en este siglo y en el futuro: en este, por los consuelos espirituales que comunica á los penitentes el Espíritu Santo paráclito, esto es, el consolador; y en el futuro, porque serán llevados á la gloria, donde no hay llanto, ni suspiros, ni dolor alguno, sino un gozo y alegría eternos. Llore el hombre por cuanto ve y conoce no puede servirle sino de motivo de llanto: mírese á sí mismo ó á sus prójimos, no ve sino pecados propios y miserias ajenas; no ve sino la prolongacion de un destierro que le priva del goce de la felicidad y bienaventuranza eterna; no ve sino el peligro y la duda de merecer el infierno; no ve sino la dilacion de alcanzar la gloria. Bienaventurados, pues, los que lloran en la presente vida, porque ellos serán plenamente consolados en la futura. Bienaventurados los que es la afliccion no se mantienen sino del pan de las lágrimas, porque sus lágrimas y tristeza se convertirán en alegría; y á proporcion de los trabajos que sufren en esta vida, serán colmados de consuelos en la otra [1].

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Hasta aquí quiso la Majestad divina arrancar los hombres del mundo con las tres bienaventuranzas primeras, y con las que siguen quiso levantarlos hasta el cielo. La primera de ellas es verdaderamente hambre y sed de justicia, porque mientras dura la vida no podemos tenerla verdadera, pero sí podemos ansiarla y apetecerla; por esto llamó el Señor bienaventurados á los que tienen hambre y sed de ella, esto es, los que la apetecen con vehemente deseo: con esto quiso darnos á entender que no deben los hombres considerarse jamás en estado de perfecta justicia, creyendo que son bastante justos, sino que cada dia y continuamente deben arder en mayores deseos de aprovechar y justificarse [2]. San Gerónimo enseña [3] que no nos basta querer la justicia, sino que es

[1] Ps. 93, v. 19.

[2] Ven. Beda in cap. 6 Luc.

[3] Div. Hieronim. in cap. 5 Math.

preciso tener hambre de ella, para que así conozcamos que siempre debemos ocuparnos en hacer obras de justicia sin saciarnos jamás de practicarlas. Tiene hambre de justicia aquel que siempre había según la justicia de Dios, y que viviendo una vida recta y justa, no solo apetece y desea retener en sí la justicia y la virtud, sino que la desea también en todos los demás [1]; y esta es la justicia que da á cada uno lo que es suyo: á Dios, al prójimo y á sí mismo. A Dios el honor como Criador, el amor como Redentor, el temor como Juez. Al prójimo, la obediencia á los superiores; la paz, la fraternidad y la concordia, con los iguales, y la beneficencia con los inferiores; y á sí mismo la pureza de corazón, la custodia de la boca y la mortificación de la carne. Así pues, son en verdad bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán de tal manera hartos y saciados con la hartura de la gloria, que la lograrán en un grado mucho mayor que lo fué la hambre y la sed que tuvieron. David, que padecía esta hambre y sed, confesaba que nunca se vería saciado sino cuando se le manifestaría la gloria de Dios [2], porque solo entonces estaria seguro de haber obtenido la justificación de su alma, por la que tan de veras suspiraba. La verdadera abundancia para saciar el espíritu solo se halla en la casa de Dios, y solo se satisface la sed de justicia cuando se bebe en el torrente de las celestiales delicias. Y aquellos que prefieren al alivio de sus propias necesidades el conocimiento del Evangelio, donde se encuentra toda la justicia y la perfección del culto de Dios á que aspiran, verán plenamente satisfechas sus ansias, recibiendo con la abundancia de las lites mas puras, la corona inaccesible á que suspiran.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Llámense misericordiosos los que tienen un corazón tierno, compasivo, y muy propenso á remediar los males ajenos, doliéndose de ellos como si fueran propios. Son asimismo misericordiosos los que con tanta prontitud como alegría perdonan las injurias recibidas sin conservar en su corazón odio ó resentimiento alguno, haciendo al ofensor todo el bien que puedan, así espiritual

[1] Div. Crisostom. Hom. 9 oper imperf.

[2] Ps. 16, v. 15.

como corporal. La misericordia empero tiene un orden metódico y propio que se debe seguir: su primer ejercicio y uso debe recaer sobre los males propios, según el consejo del Eclesiástico [1]: *Apídate de tu alma procurando agradar á Dios.* El segundo uso y ejercicio de la misericordia se dirige al prójimo, interesándose de tal manera por él, que no debe rehusarse molestia, peligro ni sacrificio alguno, por arduo que parezca, ó sea para librarle de su desgracia ó socorrerle en su necesidad, aunque sea el de la propia vida, siguiendo el ejemplo de Jesucristo. El tercero es respetuoso y filial, y tiene por objeto al mismo Jesucristo Redentor y Salvador nuestro. El primer uso de esta misericordia nos la alcanza para nosotros y nos merece la remisión de todas nuestras culpas; el segundo nos merece la disminución de la pena temporal que por aquellas merecemos; porque el que disminuye la pena de otro por amor de Dios, puede estar segura de que el Señor le condonará la suya propia; y la tercera nos hace merecedores de la gloria, porque si padecemos con Jesucristo y tenemos compasión de sus dolores, es para ser glorificados con él [2]. Esta virtud de la misericordia parece que es sobre todas las demás la propia y característica de la Divinidad, y es también la que en el día del juicio aprovechará muchísimo á los pecadores, porque escrito está: Se hará un juicio sin misericordia, al que no usó de misericordia; pero ésta sobrepuja al rigor del juicio [3]; y san Mateo expresa con toda claridad lo que dirá el divino Juez en aquel día á los justos y á los réprobos para salvar á unos y condenar á otros; lo que justifica cuánto en aquel día valdrá á los primeros el haber usado de misericordia, y cuánto dañará á los segundos no haberla usado [4].

San Agustín enseña que son bienaventurados los que socorren á los menesterosos, porque de tal manera usará el Señor con ellos de misericordia, que serán enteramente libres de la miseria. Da y te se dará; haz y te se hará; haz con otro lo que quieres que se haga contigo. Como tú obrases con aquel que te pide, así obrará Dios

[1] Ecesi. cap. 30, v. 24.

[2] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 8, v. 17.

[3] Div. Jacob. Ap. Ep. cap. 2, v. 13.

[4] Math. cap. 25, vs. á 34 ad 46.

contigo cuando tú le pidas á él [1]. Tanto es el gusto que Dios tiene de ver que usamos de misericordia con quien nos la suplica y ruega que promete no usar de ella sino en favor de los que la practicaron con sus prójimos [2]. No os admire, pues, que el Dios de las misericordias llame bienaventurados á los misericordiosos, anunciando que ninguno alcanzará misericordia sino el que la use, y aunque parezca que es igual la retribucion, no lo es en efecto, porque la misericordia divina es infinitamente superior á la humana, y la que Dios usa con nosotros es mucho mayor que la que nosotros usamos con nuestros prójimos [3]. Así que en vano pedirán misericordia los tiranos que se ensangrentaron con sus crueldades, porque solo son bienaventurados los misericordiosos, y ellos son los que alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Bien debia colocar la sexta bienaventuranza en la limpieza de corazon, el que la recomendaba en el sexto mandamiento de su ley, prohibiendo al hombre la fornicacion y toda especie de deshonestidad é inmundicia. Bien merecia el sexto lugar entre las bienaventuranzas, aquella por la que el hombre criado en el sexto dia á imágen y semejanza de Dios, se hace digno de ver á Dios y de gozarle eternamente, recobrando la gracia y amistad de Dios por la muerte y pasion del hombre Dios en la sexta edad del mundo. Coloca el Señor esta bienaventuranza después de aquella en que encarga el uso de la misericordia, porque el que la practica llevado de la vanagloria, y no con un corazon limpio y puro, ningun mérito contrae con aquella [4]. Esta limpieza interior de corazon que Dios exige de nosotros para darnos la bienaventuranza, no es aquella limpieza exterior y aparente de los hipócritas que solo cuidan de limpiar su cuerpo y dejan llena de manchas su alma: es, sí, aquella limpieza de conciencia que no tiene pecados con que argüir al hombre, que no vive segun la carne, ni se saborea con las cosas que son de la carne, sino que vive segun el espíritu, y gusta precisamente

[1] Div. August. lib. I, de serm. Dom. in mont. cap. 6.

[2] Div. Hilar. Canon 4.º in Math.

[3] Div. Crisostom. Hom. 15 in Math.

[4] Div. Ambros. in cap. 6 Luc.

las que á él pertenecen, porque sabe que la sabiduría ó prudencia de la carne es una muerte, y que la sabiduría de las cosas del espíritu es vida y paz; por cuanto la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, como que no está sumiso á la ley de Dios ni es posible que lo esté, porque es enteramente contraria á ella. Así, que los que viven segun la carne no pueden agradar á Dios. El que vive con arreglo á la ley del espíritu, Dios habita en él, tiene el espíritu de Jesucristo y es de Jesucristo; y á los que tiene previstos, tambien los predestinó para que se hiciesen conformes á la imágen de su Hijo Jesucristo, que es el espejo sin mancha de la majestad de Dios y la imágen de su bondad [1]. Los así limpios de corazon se apartan de todo lo malo, y obran todo el bien que pueden con buen fin y recta intencion, puesto que solo así se verifica que los limpios de corazon vean á Dios. Esta limpieza sola es la que une al hombre con Dios, que es la sana limpieza; y el que es sumamente limpio no puede ser visto sino de los limpios. Si el corazon está limpio y libre de malos pensamientos y afecciones, todo el hombre está limpio de iniquidades; porque del corazon salen todos los vicios y pecados, y allí se arraigan para fructificar después; pero si allí se cortan y abrasan las raíces con el fuego del amor de Dios, ya no crecen otra vez, y Dios, que es puro espíritu y no puede verse con los ojos de la carne, se ve entonces con los del corazon, esto es, con los del espíritu, ó con los ojos linceos de la fe.

Ninguna sociedad puede haber entre la luz y las tinieblas; ninguna concordia entre Cristo y Belial [2]; por consiguiente los de corazon impuro no pueden ver á Dios, que habita una luz inaccesible; el camino que andan es tenebroso y resbaladizo; el ángel del Señor les perseguirá constantemente [3]. Si los ángeles son sus ministros, si solo esperan sus órdenes para cumplirlas, y las del Señor son que arrojen de su presencia á los impuros, ¿qué esperanza les queda de ver á Dios? ¿Quiéres verle? Limpia tu corazon y le verás, ahora por la fe, después en su reino; ahora como familiar y consejero, después como Dios inmortal y glorioso; y cuanta mayor sea tu limpie-

[1] Ad Rom. cap. 8.º per Tot.

[2] Div. Paul. Ep. 2 ad Corint. cap. 6, vs. 14 et 15.

[3] Ps. 34, v. 6.

za, tanto mas la vision será despejada y pura. Bienaventurados, pues, los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Feliz anuncio para el hombre que ama con todo su corazon, y posee en él aquella paz interior que constituye la verdadera felicidad en la vida presente, y le hace esperar con certeza el goce de la paz eterna en la futura; sin embargo, es preciso advertir que esta paz verdadera, sólida y santa que hace bienaventurado al hombre y le adquiere el renombre de hijo de Dios, ha de ser *paz con Dios, paz con el prójimo y paz consigo mismo*; y que es absolutamente imposible que el hombre obtenga y conserve esta paz interior consigo mismo, si antes no procuró obtener la paz con Dios por medio de la penitencia, y la paz completa con el prójimo por medio de la caridad; porque no siendo así, no podria aquella llamarse paz, sino que seria una confianza vana, un alargariento cruel, una sordera mortal y un sueño pesadísimo, con el que no haria el hombre mas que manifestar la relajacion de su conciencia y la poca aprension que le causan los remordimientos y estímulos por la inveterada y criminal costumbre en que se halla: el fruto de esta paz es la muerte y la condenacion eterna, así como el de la primera es la reconciliacion con Dios, una prenda de su amistad, un bien mas inestimable que todos los bienes de la tierra, el derecho en fin de ser llamado hijo de Dios. El gozo y el deleite que esta paz infunde en el corazon, es superior, infinitamente superior á todos los gustos y deleites de la tierra, y su valor y precio solo pueden comprenderse y estimarse cotejando las dulzuras de aquella paz con los remordimientos y amarguras que causa el pecado. Este es el bien entre los bienes mas apetecibles; este el fin de todos nuestros votos, afanes y trabajos, y por él se sostiene la continua y cruda guerra que hay entre la carne y el espíritu; pero como esta paz y descanso del corazon no puede hallarse entre los bienes y goces de la tierra, sean los que fuesen, es preciso buscarla en Dios, pues es la fuente inagotable de todos los bienes puros, sólidos y permanentes, y que es él solo el que puede llenar el vasto espacio del corazon de la criatura, y por esto se llama Dios de la paz y de todo consuelo.

Quando, pues, dice el Señor bienaventurados los pacíficos, da á

entender habla de aquellos que tienen paz consigo mismos, y que para conservarla arrojan de su corazon todo mal pensamiento, toda palabra vana, toda obra pecaminosa, sin permitir la entrada en él de cosa alguna que pueda turbarla, conservándola cualesquiera que sean las adversidades que ocurran, y que no solo procuran conservar consigo mismos esta paz interior, sino que se afanan para unir con el vínculo de la caridad y de la paz á todos sus prójimos cuando descubren entre ellos enemistades y disensiones. Cinco cosas hay que se oponen al goce de esta tan apetecible paz, y son: las guerras, los pleitos, los tumultos, las inquietudes y las molestias. Los pacíficos de corazon ponen toda su eficaz cooperacion en sedar ó apaciguar las guerras, en derimir los pleitos, en sosegar los tumultos, en acallar las inquietudes, en dulcificar las molestias: porque estas son las funciones y oficios propios del Hijo de Dios, que pacificó en sí mismo, pacificó á todos con su muerte, y nos reconcilió con su Eterno Padre; por esto de los pacíficos se dice con toda propiedad que serán llamados hijos de Dios.

Llámanse asimismo pacíficos los que por los afectos de su corazon se unen intimamente con Dios, que es la suma paz y bondad y así nada buscan fuera de él, y en él y con él viven seguros y pacíficos; y en él, y con él, y por él, tienen su paz y su gloria. Son llamados hijos de Dios por la semejanza que tienen con él; porque como es propio de Dios gozarse en sí mismo y ser él mismo su contenido y su gozo, así tambien los verdaderos pacíficos, teniendo á Dios en el fondo de su corazon, sin salir de él, se gozan y recrean en él, y allí tienen todo su contenido y alegría; por lo que decia David [1]: ¿Qué cosa puedo apetecer en el cielo, ni qué he de desear sobre la tierra teniéndote á ti, oh Dios mio? Tú eres el Dios de mi corazon, tú eres mi posesion y mi gozo, y lo serás eternamente.

Litiguen, pues, entre sí y muevan riñas con otros los inquietos y desasosegados imitando á su padre el diablo, mientras gozan en paz de su bienaventuranza los que conservan la paz en su corazon y la mantienen con sus prójimos y hermanos; estos serán llamados hijos de Dios por la gran semejanza que tienen con él. El es la paz y el

[1] Ps. 72, vs. 25 et 26.

sesiego sumo, todo lo dispone y ordena con tranquilidad y paz; y sus hijos gozarán con él de eterna y envidiable paz, mientras aque-
llos no gozarán con su padre el diablo sino de desesperacion, inquietud, rabia y tormentos eternos.

Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Declarada la bienaventuranza para los pacíficos, no quiere el Señor se persuadan los hombres que sus hijos siempre han de gozar de paz; quiere que sepan tambien que han de ser perseguidos, que han de sufrir calumnias, ultrajes, pasiones y malos tratamientos por no faltar á la fe, á las creencias de su ley santa ni á las prácticas y virtudes de su religion [1]. Esta bienaventuranza prepara y perfecciona al hombre para padecer bien, así como las anteriores le preparan para obrar bien; porque así como á la virtud toca obrar bien, tambien es propio de ella padecer bien; y después de la bienaventuranza de la accion sigue oportunamente la de la pasion. Son bienaventurados no solo los que obran bien, sino los que padecen persecucion; pero no una persecucion cualquiera, ni por sus crímenes ó delitos, sino por la justicia, que incluye toda virtud, toda verdad, y la santa y verdadera piedad. Persecucion por la justicia que incluye la justa, legal y racional defensa del prójimo injustamente herido, maltratado y oprimido; de los así perseguidos es el reino de los cielos. ¿Pero por ventura me expondré á la muerte por la libertad de la Iglesia? Sí, por ella y por otras cosas que son espirituales; no por los campos ni por las rentas de la Iglesia, ni por otras cosas semejantes: muchas veces nos oponemos á esto llevados mas de la avaricia que de la justicia: hasta aqui san Crisóstomo. San Ambrosio resuelve esta grande é importantísima cuestion con las siguientes palabras [2]:
"Si me pidiese el emperador lo que es mio, esto es, mi campo, mi plata ó dinero, ú otra cosa semejante, sépa que no me le he de oponer, aunque todas las cosas que son mias sean de los pobres; pero aquellas que son divinas no están sujetas al emperador. Si pedís el patrimonio (de la Iglesia) invadido; si pedís mi cuerpo,

[1] Div. Crisost. Hom. 15 in Math.

[2] Ponemos el texto original latino para que nada padezca por nuestra traduccion.

"yo os saldré al encuentro; quereis llevarme á la cárcel, quereis llevarme al cadalso ó á la muerte, yo tengo voluntad de padecer lo uno y lo otro: no creais que yo me acoja á la proteccion de los pueblos, ni que me agarre de los altares suplicando por mi vida, sino que por los altares y por las cosas espirituales que á la misma Iglesia pertenecen, seré sacrificado." *Si a me petierit Imperator quod meum est, id est, fundum meum, argentum meum, et hujusmodi, scial me non refragatorum, quanquam omnia que mea sunt, sint pauperum: verum ea que divina sunt, imperatoria potestati non sunt subiecta. Si patrimonium petitis, invadite: si corpus, occurrat: vultis in vicula rapere, vultis in mortem rapere, voluntatis est mihi: non ego me vallabo circumfusione populorum, nec altaria tenebo vitam obsecrans, sed pro altaribus et spiritualibus, ad ipsa pertinentibus immolabor* [1].

Esta octava bienaventuranza es el complemento de todas las demás y la principal de todas las coronas, porque cuando ya por las otras se halla el hombre en estado de verdadera perfeccion, vnelvese por esta apto y digno de padecer; por lo que dice san Crisóstomo [2]: Abre el Señor el camino por la observancia de todas, empezando desde la primera, y forma de ellas como una cadena de oro; porque el humilde es por consiguiente manso; el que posee la virtud de la mansedumbre, no hay la menor duda que tambien llorará sus pecados; y el que los llora con compuncion y ternura, declara bien con su llanto tener hambre y sed de justicia. El que esta hambre tiene, no puede dejar de ser misericordioso; y el misericordioso y justo compungido, forzosamente será limpio de corazon, y este tal ha de ser sin duda alguna pacífico. Por último, el que con tales virtudes esté perfeccionado, preparado se halla para snifir todos los trabajos, y no se amilanará á vista de los peligros, ni se confundirá aunque á miles lluevan sobre él. Bienaventurado, pues, el que tales virtudes tiene, y mucho mas dichoso y bienaventurado el que sabe conservar su posesion entre los peligros y persecuciones. Las siete primeras perfeccionan al hombre, la octava le clasifica y

[1] Div. Ambr. Ep. 33. Citat. 4 R. P. Ludol. De Vit. Chl. cap. 33, pag. 141, columna 2.^a

[2] Div. Crisost. ex variis in Math. cap. 6.

demuestra la sólida brillantez de la misma perfeccion, porque la paciencia perfecciona todas las obras. Así es que en esta octava y última bienaventuranza habla el Señor como en la primera: de los pobres de espíritu dice, que es suyo el reino de los cielos, y tambien dice que es de los que padecen persecucion por la justicia: á los primeros se les promete, porque á los que por Cristo renuncian las riquezas temporales, justo es que reinen con Cristo en los gozes eternos; y á los que padecen persecuciones por Cristo, y son oprimidos como el Salvador lo fué, justo es tambien que en el reino de Cristo triunfen con él y dominen á sus opresores.

Ya no tienen por qué quejarse los hombres de la misericordia ni de la justicia de Dios: Jesucristo les anticipó el fallo infalible é inevitable de su juicio: el camino del cielo está ya patente á todos, y á todos se manifiesta con claridad el que conduce á la muerte y á la condenacion eterna. La pobreza de espíritu, la renuncia de las riquezas y comodidades de la vida, el amor á la paz, el ejercicio de la caridad, el socorro de los infelices, la compuncion y las lágrimas, la pureza de corazon, la paciencia en fin en los malos tratamientos y persecuciones por la justicia, son los que constituyen la felicidad del hombre en la tierra, y su ventura y dicha eterna en el cielo: lo contrario, pues, es lo que le conduce á la muerte y condenacion eterna. ¡Bondad de Dios, cuándo te conocerán bastante los hombres! ¡Y conociéndote, por qué no te amarán! ¡Cuándo dejarán de ser ciegos, y depondrán esa obstinacion necia que les impide ver y probar tantas dulzuras como en sí encierra la adorable religion del Crucificado! Los gritos ateradores de los malvados, sus estremecimientos horribles, la espantosa desconfianza que les atormenta en los últimos momentos de su vida, como lo atestigua una tristísima y cotidiana experiencia, todo nos dice que no hay contento, ni felicidad ni paz para el hombre en la tierra, sino en el seno de esta religion augusta, al parecer tan sembrada de espinas, seguida de pocos de los que dicen que aspiran á conseguir su eterno bien, y abandonada de todos los que cifran su bienestar y su dicha en el goce de las pasiones mundanales. En ella sola se oye la voz de la verdad que desengaña, porque aquel para quien nada hay oculto, que penetra bien los secretos del corazon, y que con su com-

prension y sabiduria infinita descubre las vicisitudes de todos los tiempos, y hasta los espacios inmensos de la eternidad, no queria privar á ninguno de cuantos corrian en pos de él para oírle y empaparse de sus máximas, y mucho menos á sus apóstoles y discípulos, de este importantísimo secreto, puesto que ellos habian de ser los primeros que habian de beber del cáliz de tantas amarguras que el Señor tiene reservadas para los que le siguen, para vivir después y reinar eternamente con él.

Aunque esta octava y última bienaventuranza parece que se dirigia mas particularmente á los ministros y predicadores del Evangelio, persuadiéndose su Majestad que los apóstoles y discípulos no la habrian comprendido cual convenia, se encará mas con ellos y les dijo: *Bienaventurados seréis cuando mintiendo los hombres por odio contra mí, os maldijeren, os persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros: gozaos entonces y alegraos, porque el premio que os está guardado en los cielos, es sin duda alguna muy grande y superior á todos vuestros deseos. No temáis, porque tambien los profetas que vinieron antes que vosotros á anunciar á este pueblo los oráculos de Dios, fueron perseguidos, y vosotros lo seréis menos que lo fueron ellos.* En verdad, así como entre los profetas se leen una multitud atroz y cruelmente perseguidos, así tambien entre los apóstoles y discípulos, y entre los seguidores de Jesús, se cuentan una infinidad de miles de perseguidos, encarcelados y crucificados; pero es muy de notar que entre tantos no se ven infelices y desventurados, porque la infelicidad de la vida y la desventura de la muerte no puede traer su origen de una causa tan noble y santa como es el seguir á Jesucristo: ellas nacen solamente del seguimiento de las pasiones que su religion condena. Así, después de aquella primera general estampada en las bienaventuranzas, dió esta otra mas especial para sus apóstoles, y les especificó las diversas persecuciones que habian de sufrir; porque unas habian de ser de corazon, otras de palabra y otras de obra. Las primeras se manifiestan por las palabras, *seréis bienaventurado cuando os maldijeren*; no es por el odio que en su corazon conserven contra vosotros; las segundas por lo que añade, y *os aborrezcan los hombres*, porque entonces desatarán contra vosotros su lengua, y dirán toda especie

de mal para denostarlos, infamaros y calumniaros, y las terceras por aquellas en que concluye, y os exprobaren diciendo todo mal contra vosotros, y desecharen vuestro nombre como malo porque predicáis la doctrina que os enseñó el Hijo del hombre y le defendéis; y así para estas tres especies de persecuciones dió también el Señor tres remedios muy eficaces, á fin de que en su aplicacion se conocieran sus verdaderos seguidores y tuviesen en ello un verdadero mérito: tales son perdonar las injurias, compadecerse de los pecados del prójimo, y rogar por los perseguidores y calumniadores [1].

Como que enviaba los apóstoles á cosas mas arduas, también debía darles mayores precauciones; por esto en esta amonestacion se convierte ó vuelve á aquellos á quienes enviaba como á corderos entre los lobos, y que se habian de presentar llenos de gozo á la presencia de los concilios, porque eran dignos de padecer persecuciones y oprobios por el nombre de Jesús; lo que fué como si les dijera: Con vosotros hablo, discípulos míos; sabed que indóciles los judíos como los gentiles y paganos, se irritarán con vuestra predicacion, y despreciarán vuestra doctrina, aunque la vean confirmada con milagros, como yo la confirmo ahora que la anuncio; y dominados por el espíritu del error, os maldecirán y calumniarán con todo género de calumnias. Me aborrecen á mi y os aborrecerán á vosotros, solo por la calidad de discípulos míos; y su coraje y rabia crecerá de punto cuando os vean empeñados en atraer los pueblos á mi creencia y fe. Pero en medio de tan claras y tan crueles persecuciones, no decaiga vuestro valor, porque se menoscabaria vuestra fe y vuestro mérito, y conozcáse entonces mas que nunca el gozo y alegría santa que inunde vuestro corazón: grandes serán vuestros trabajos en la tierra, pero mas grande, infinitamente mayor es el gozo que en el cielo os espera.

San Gerónimo, expositando este pasaje del Evangelio dice [2]: Toda obra por pequeña que sea, se hace con gusto con la esperanza de la paga, y la recompensa del premio aligera el peso del trabajo. Alegraos, pues, todos los que por el Señor padecéis persecuciones y sois calumniados, conducidos ante los tribunales, encarcelados, azo-

[1] Ven. Bed in.

[2] Div. Hieronim. in cap. Math.

tados y muertos; alegraos, esto es, interiormente en vuestro corazón, y gozaos, esto es, exteriormente en vuestro cuerpo, manifestando este gozo exterior por el buen ejemplo que debéis dar, por la paciencia que debéis tener, por la fortaleza que tenéis un deber de mostrar, por la esperanza del premio y de la gloria que os espera, porque vuestra paga no será como la de los demás, sino que será *copiosa*, mucho mas que proporcionada en los cielos. Mucha será para compensar la paciencia de los que padecen en la tierra. Esta paga *es grande, es mucha, es preciosa, es duradera*. Tan grande, que no puede comprenderse; tan mucha, que no puede numerarse; tan preciosa, que no puede ponerse precio; y tan duradera, que no ha de tener fin. Esta paga será tanto mas abundante, cuanto mas brillante la fe, el gozo y el contento en medio de las tribulaciones; porque Dios no tanto estima y premia la cantidad ó número de los trabajos, cuanto la cualidad de ellos, el modo con que sufren y la raíz de donde nacen.

Desgraciados, empero, nosotros nos engañamos con mucha frecuencia y nos dejamos engañar; nos gozamos y alegramos cuando nos vienen viento en popa los negocios de la tierra, y cuando el vulgo necio, falaz y engañador nos adula y lisonjea, siendo así que entonces deberíamos llorar mas y entristecernos, por ser mayores los peligros que nos rodean entre las prosperidades que en el seno de las desgracias; mayores entre las alabanzas que entre los vituperios y calumnias. Alegrémonos, pues, y regocijémonos con los apóstoles, á quienes enseñó el Maestro divino el gozo y el contento saludables, cuando les dijo que en las tribulaciones, calumnias y tormentos, debían alegrarse, para que nuestra recompensa y premio sea copiosa en el cielo. No busquemos la gloria vana, y no nos entristeceremos cuando por Dios nos viésemos humillados y afrontados á la vista de los hombres; porque el que la gloria en el cielo busca, no debe rehuir la afrenta en la tierra. Nunca serás feliz, dice Séneca, aunque gentil [1], si alguna vez no se burlaron de tí y no te insultaron las turbas. Si quieres ser dichoso, lo primero que has de aprender es á despreciar los desprecios. Insúltete el que quiera, pro-

[1] Senec. Lib. de bonis moribus.

nuncie contra tí calumnias ó maldiciones, nada padecerás si eres virtuoso.

No se admiren, pues, ni se asusten los que padecen persecuciones porque siguen á Cristo; no es esto nuevo ni desusado. Antes de Cristo las padecieron los profetas. Vino Jesucristo al mundo y las padeció él: las padecieron sus apóstoles y discípulos, las padecieron los mártires, y las padecerán todos los que quieren vivir virtuosamente con arreglo á la ley del mismo Señor [1], ó bien de los enemigos de la fe, ó bien de los malos cristianos, ó bien de nuestra misma concupiscencia. Cada día á las puertas de la Iglesia persiguen Cain á Abel, Ismael á Isaac, Esaú á Jacob; esto es, el impío al justo; y si alguno no sufre persecucion de los extraños, tiene que sufrirla de los falsos hermanos; y como las persecuciones no cesan, nos es indispensablemente necesaria la paciencia para alcanzar las divinas promesas. ¡Ay de aquellos que la pierden, porque pierden tambien la corona que por ella merecemos!

De estas ocho bienaventuranzas que pone san Mateo, san Lucas solo pone cuatro; pero es porque en las ocho se contienen las cuatro, y en estas tambien se comprenden las ocho [2], porque la mansedumbre y la paz se refieren á la paciencia, la limpieza del corazón á la pobreza de espíritu, y la misericordia á la sed de justicia. Y porque quiso incitar y llamar á los pueblos á la práctica de las virtudes con los premios que les proponia, quiso tambien apartarlos de los pecados con la amenaza de los suplicios eternos. ¡Ay, pues, de vosotros, ricos, no todos, empero, sino los que teneis aquí en la tierra, y gozáis de los consuelos, gustos y goces que apetecéis, abusando de las riquezas para los deleites de la vida: no tendreis la riqueza de mi amistad y gracia, ni en la presente ni en la futura vida; y como antes habia dicho que el reino de los cielos era de los pobres de espíritu, condena el afán y abuso de las riquezas, y demuestra que el que las ama y apecece se enajena voluntariamente del reino de los cielos, y se condena por su voluntad á oír de la boca del supremo y rectísimo Juez en el día del juicio: *Acuerdate, hijo, que ya recibiste los bienes en tu vida* [1]. Como el mismo ri-

[1] Div. Paul. 2.ª ad Timoth. cap. 3, v. 12.

[2] Div. Ambros. in cap. 6 Luc.

co abiarán de hambre y sed eterna los que en la vida se hartaron y glotonearon; por lo que dijo el venerable Beda [1]: Si son bienaventurados aquellos que siempre tienen hambre y sed de justicia, por el contrario, han de ser infelices aquellos que pasando su vida en el goce y satisfaccion de sus deseos, se consideran bastante dichosos si nunca se ven privados de lo que apetece.

¡Ay de vosotros que ahora reís con desordenada y destemplada risa, y que injuriando os gozáis con gozo vano! Llorareis un día lágrimas irremediables por el dolor interior que padecereis en vuestro espíritu y por el exterior que sufrireis en vuestro cuerpo; llorareis, porque carecereis del sumo y mas estimable bien, y porque tendreis á la vista el sumo y eterno mal que habreis de padecer, los ardores sempiternos en que siempre debereis estar envueltos. *Allí será el llanto y el rechinar de dientes* [2].

¡Ay de vosotros cuando los hombres os alabaren y bendijeren, adulándoos y levantando ó ensalzando vuestra opinion y fama sobre todos los demás, dándoos tales aplausos, que os hagan volver ciegos, inconsiderados y tan olvidadizos, que ni aun á vosotros mismos os conozcais, ni tampoco tengais presente el sublime consejo de san Pablo [3]: *Si yo pretendiese agrandar á los hombres, no sería siervo de Cristo*: y mas desgraciados aun los que así alaban á los hombres, porque mas daña la lengua del adulador que la espada del perseguidor. El que adula á los que obran mal, pone una blanda almohada bajo la cabeza del que duerme, para que engreído con las alabanzas duerma con mas sosiego sobre el borde del mas espantoso precipicio.

Si son, pues, bienaventurados los que por odio á Dios son maldicidos injustamente por los hombres, con razon han de ser considerados infelices los que tambien son bendecidos y adulados injustamente, porque por el mismo odio que á Dios tienen, los malvados los inciensan y adulan: no hay duda que es una grande ira y venganza del Señor, que falte al pecador la correccion ó el aviso cuando le sobra la adulacion; porque con esta se duerme mas en la culpa y

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Luc.

[2] Luc. cap. 13, v. 28.

[3] Div. Paul. Ep. ad Galat. cap. 1, v. 10.

se hace digno de mayor pena. ¡Qué castigo! ¡Y aun no tiemblan los hombres á su vista!

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que para enseñar á los hombres lo mas excelso y elevado de todas las virtudes, subiste con tus discípulos al monte, y allí les enseñaste las mas sublimes y les prometiste el premio á cada una de ellas conveniente: consede á esta criatura frágil que oyendo tu voz procure adquirir el mérito por el ejercicio de aquellas, para después conseguir el premio ayudado de tu misericordia. Haz que considerando la paga, no rehuse el trabajo por el que se me ofrece, sino que la esperanza de merecer la salud eterna mitigue el dolor que me causa la presente medicina, y se inflame mi ánimo para emprender con alegría el trabajo. Aunque miserable, hazme ahora, Señor, bienaventurado con tu gracia, para que después sea bienaventurado contigo eternamente en la gloria. Amen.

NOTA. La historia de este capítulo está contenida en el V de san Mateo, desde el versículo 1.º al 12, y en el VI de san Lucas, desde el versículo 17 al 23, todos inclusive.

La Iglesia lo usa como propios en los dias y festividades siguientes: el de san Lucas en el dia 20 de enero, fiesta de los santos mártires Fabian y Sebastian.

El 10 de marzo, fiesta de los cuarenta santos mártires.

El 23 de setiembre, fiesta de los santos Cosme y Damian.

En la vigilia de Todos los Santos, en la misa *Sapientiam* del comun de mártires, y en otros varios dias.

Y el de san Mateo lo usa como propio del dia de Todos Santos, y en el comun de Mártires, lo tiene señalado para otros varios dias. Uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. V, vs. 1 al 23.

En aquel tiempo, viendo Jesús la mucha gente (que le seguía), subió á un monte, y habiéndose sentado se llegaron á él sus discípulos, y abriendo la boca les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sereis cuando por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os espera en los cielos.

EVANGELIO DE SAN LUCAS.

Cap. VI, vs. 17 al 23.

En aquel tiempo, bajando Jesús del monte, se paró en un llano con la compañía de sus discípulos y una muchedumbre de pueblo de toda Judea y Jerusalem, y de la marina de Tiro, y de Sidon, que habian venido á oírle, y para ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos eran curados. Y toda la muchedumbre á porfia procuraba tocarle, porque de él salía una virtud que curaba á todos. Y elevando él los ojos hacía sus discípulos, decia: Bienaventurados, oh pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, por-

que sereis saciados. Bienaventurados los que ahora llorais, porque reireis. Bienaventurados sereis cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren (*de sus sinagogas*), y os injuriaren, y abominaren de vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos en aquel día, y regocijaos, porque os está reservada en los cielos una grande recompensa. (*Hasta aquí el Evangelio de las festividades citadas*).



CAPITULO III.

CONTINUACION DEL SERMON DE JESUCRISTO SOBRE LA MONTAÑA.

Habia echado ya Jesucristo los principales y mas sólidos cimientos para levantar la suntuosa fábrica del apostolado, exhortándolos á la paciencia y al sufrimiento de las tribulaciones, y creyó muy justo perfeccionar esta grande obra, haciéndoles ver por medio de excelentes y gratas comparaciones á qué grado de santidad queria que aspirasen, y hasta dónde les habia de conducir su celo por la salvacion de los pecadores. Comparólos *á la sal, á la luz, á la ciudad fortificada ó á la fortaleza, y á la vela encendida y colocada sobre el candelero*. Las dos primeras de estas semejanzas ó comparaciones se dicen como por afirmacion, las dos segundas como por negacion: aquellas manifiestan para lo que son enviados, esto es, para sazonar los afectos de la voluntad y para iluminar el entendimiento; y las otras indican lo que no han de hacer, esto es, esconder su persona ó huir el cuerpo, y ocultar la doctrina divina que deben anunciar: *vosotros sois la sal de la tierra*. Vuestro empleo será en un todo igual al de la sal. La sal sazona las comidas; vosotros debeis sazonar de tal manera las costumbres y la fe de todas las criaturas con vuestra predicacion y ejemplos, que podais presentarlos á mi Padre como un manjar sazonado y delicioso. La sal impide la corrupcion, y vosotros debeis preservar las almas de la corrupcion del pecado. Sal de la tierra debeis ser por la perfeccion de vuestra vida, con la que debeis perfeccionar la de los demás hom-